

LA REBELION

PERIODICO SOCIALISTA-ANÁRQUICO

EDICIÓN EXTRAORDINARIA

¡ El amor libre en Montevideo !

Interview con Roberto de las Carreras

Con motivo del Waterloo amoroso de Roberto de las Carreras, que convulsiona nuestro país, hemos tenido el gusto de entrevistarnos con el anarquista en sus elegantes habitaciones del Hotel Central.

El parisien se nos presentó con un chaleco rojo como un incendio, *dernier cri* del boulevard. Roberto de las Carreras, y esto es tan público como la traición de su querida, es un refinado, nacido en la tierra de Zapicán por un capricho de la fortuna. *Naturaleza.*

—Los ingenuos uruguayos (nos dijo con su fina sonrisa) me consideran un marido burgués, engañado, un Bevary, y me fusilan á sonrisas por la espalda. (Con aire compasivo) Se encuentran en un grosero error: Yo no soy un marido. Si bien es cierto que he pasado por la comedia de la unión burguesa, y que arrojé una firma al Registro Civil, como se arrojan papeles á un canasto, creí haber destacado suficientemente, por medio de una carta, que publiqué en un periódico anarquista, mi verdadera situación amorosa.

En primer lugar, el objeto de aquella formalidad, fué simplemente, como lo dije entonces, impedir que el Juez de Menores, usando de un derecho atávico, recluyera á mi querida, en un convento, por el solo delito de haber amado... Usé de la burguesía contra la burguesía, y aseguré la libertad de una mujer que yo había arrancado al prejuicio.

Fuó un acto de política y de lealtad. Estas razones se vieron claras en mi comunicación al público. Proclamé mi fé anárquica. Dije que el matrimonio es un valor nominal como el papel moneda; que ese valor no consiste más que en el hecho de reconocerlo y por lo tanto me consideraba yo tan casado como si me hubiera unido en matrimonio por los ritos de alguna de esas tribus salvajes para los cuales el casamiento consiste en que los novios, en un instante dado, dejan caer un cántaro que se estrella contra el suelo.

Escarnecí el matrimonio, pateándolo con mi artículo de *El Trabajo*, mientras me dirigía al Juzgado; habiendo, por otra parte, lucido en los pasos, ante las reti-

nes atónitas de nuestros burgueses, un hijo hecho sin el permiso del Juez.

Mi casamiento, si así puede llamarse, fué toda una alevosía de mafia, resonante carcajada contra el pedante catafalco de las instituciones burguesas. ¡Todavía me río!

Roberto de las Carreras hizo una pausa en que hubo risa y al mismo tiempo como una penumbra...

—La sociedad montevideana; continuó; que no brilla por su inteligencia (sonrió indulgente) comprendió mi actitud, al punto de que no sólo no se nos recibió en los salones, á mi querida y á mi—pretenderlo hubiera sido hiperbólico,—sino que en la calle nuestras matronas, depositarias del fuego sagrado de la moral burguesa, pretendían quitarnos la derecha por un prurito de viudita.

Ahora bien, después de todo esto ¿cómo es posible considerarme marido! Es una imposición gratuita de los burgueses.

—¿Y cómo amante no se considera usted humillado?

—*Jamais de la vie!*—He conservado durante cuatro años una mujer nerviosamente apasionada, un filtro mágico de corrosiva lujuria, una cantárida humana, una berberiza de mis sueños de harem; exotismo viviente, en este país en que las mujeres son pacíficas y se destacan por un aire de nóstico, por una expresión desesperante de monótona tontería. Ella parece más bien una hija abrasada de los fúlgidos arcones, con sangre de pantera, convulsionada los sentidos por la lava del Simoun!

Conservar una mujer encendida durante cuatro años es un prodigio que no puede comprenderse entre nosotros.

Cierto, no han de enorgullecerse de él, los inocentes maridos para los cuales la luna de miel dura apenas lo que una luna: cuatro semanas; que confunden cuando no son cornudos (y los cornudos abundan mucho en Montevideo; los hay hasta en los Directorios de los partidos)—la fidelidad que sus mujeres guardan á la opinión pública ó al deber, con una fidelidad de amor por su zafia, palurda y caricatureza personal!

Los burgueses están extraviados. El Amor no es la virtud. El Amor muere joven. Es una fatalidad de la Naturaleza. El ideal de Amor debe ser integrado con un sin número de mujeres. Querer obtenerlo de una mujer única es como pretender crear una ópera con una sola nota del pentágrama ó escribir un libro con una sola letra del alfabeto. Dicen los griegos, esos maestros reconocidos en belleza, en filosofía, en arte, y en amor, que pretender ser amado exclusivamente es una locura de mortales. Sería curioso que el Amor, cuyas alas frágiles se han escurrido entre los dedos de los semidiosos: de Cátulo, de Musset de Horacio de Lord Byron, se encontrara prisionero en los hogares montevideanos junto á la cocina y al retrete!

—¿Pueda saberse por qué razón vivía usted en Buenos Aires separado de su amante?

Roberto sonrió.

—Mi querida estaba á punto de sucumbir quemada en mis brazos! Puse todo lo helado del Río de la Plata entre sus ardores y yo...

El parisien se abandonó en un diván y cruzó la pierna en la que se marcaba el músculo vigoroso del esgrimista.

—No tenía noticias de la alevosía.— Los uruguayos, esos espías, cuidadores de las mujeres ajenas, se han vengado de mi desprecio por su policia desinteresada de investigaciones, no informándome sobre lo que sucedía... Comprendí por un rayo de sagacidad psicológica: como un astrólogo en las estrellas leí en los ojos tenebrosos de la Afrosdisiaca el horóscopo funesto de su traidora sensualidad. Virtud de ocultista... Si la poseyeran los uruguayos leerían en el rostro de sus mujeres iguales revelaciones!

—¿Sabría usted designarnos cuales son los maridos uruguayos mordidos por el insaciable Minotauro?

Roberto dejó caer de sus labios, desdeñosamente:—Todos!...

—¿Cree usted que debe atribuirse al Amor el abandono de su querida?

—Lo dudo.

—¿El nuevo dueño es superior á usted como hombre?

Roberto sonrió con la satisfacción que proporciona la seguridad de sí mismo.

—Según ella ha confesado con admirable desenvoltura á uno de mis amigos que la interrogó audazmente; su nuevo amante: *es regular, no es gran cosa!*

En cuanto á mí, recuerdo que después de los transportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Eliseos de la sensación, la Voluptuosa, me felicitaba en cinco idiomas distintos: *Muy bien! Tres bien! Molto bene! All Right! Sehr zut!*

—Hay de que estar satisfecho como amante; subrayó Roberto. Después, acaso el pimiento rojo del cambio, la mostaza caudante de la intriga, el condimento vi-triolero de lo prohibido....

—Flor de charco parisien! exclamamos. Roberto continuó con un tono dogmático:

—Mi error fué no hacerla casar. Renuncié torpemente á ser el fruto vedado que no sacia nunca. Fui marido para ella. Me arranqué la aureola!

Una pausa.

—Me es imposible sentir celos de ese parainfante á quien no considero mi rival.

Al hallarlo infraganté con mi Favorita cañiendo á un arranque heredero de mis abuelos de las cavernas, y del cual me arrepiento, le di una bofetada... El parainfante muy conocido por su condescendencia de invertido sexual entre los muchachos alegres, se escurrió aterrorizado entre las sábanas; se hizo un ovillo y me dijo con una voz aiplada, en un tono elegiaco: *No me pegue que soy un hombre enfermo!*

Declara la Favorita, que indignada por la cobardía de su amante de ocasión, lo echó á patadas á la calle!

¿Sienta usted odio, por la mujer que lo ha engañado con ensañamiento?

Como elegante no puedo perdonarle que se haya acostado con un uruguayo, con un aspirante á marido; como Sultán mi soberanía se resiente y se encorpa ante la imagen de una esclava del harem que se abandona á un siervo en las cuadras; pero como anarquista admiro á la rebelada, que con un valor de impulsiva hace saltar las cadenas de su sexo y sueña, volviendo femenino el ideal de Nietzsche con ser una *carneíora voluptuosa errando libremente!* Es mi discípula!

Su traición es mi obra. ¡Yo la he liberado! Yo he ejercido sobre ella una doble fascinación. Incorporé á su sangre las máximas anárquicas y eduqué sus sentidos en las exquisitas sibiríticas del refinamiento: flor cultivada en el invernáculo de mi lujuria... En sus células grises germina mi pensamiento. Escriba con mi pluma. He aquí la carta que me dirige con motivo de nuestro pivoreo anárquico y que prueba hasta la evidencia mi papel de magnetizador...

Conciudadano:

«Si te quitases arreglar conmigo, lo pudes hacer anárquicamente quedando cada uno en libertad de hacer lo que le plazca. Si tú me es indiferente. Aunque sola y muy pobre seré honrada. Aunque sé que valgo mucho jamás abusaré de mi sexo, ni pondré negocio con mi sensualidad. Si así lo hiciera tendría mucho dinero, pues hay muchos que me lo darían. Pero tengo un hi-

o y soy honrada. Espero de tu mucho talento que procedas con anarquismo y arreglarnos. Procedes como un amante. No procedas como un marido burgués. Sé siempre discípulo de Kropokín. Conservate siempre igual. No retrocedas en la mitad del Evangelio!

Yo soy y seré siempre anarquista. Así espero tu decisión. A Raul no le verás jamás á no ser con la madre. De otro modo, te lo juro, no lo verás.—*Berta.*

—¿Cree usted, llegar á reconciliarse con su amante alguna vez?

No creo posible desprenderme por completo en el atavismo sentimental... concluyó Roberto con su sonrisa.

Nos despedimos de él, felicitándole por su gloriosa actitud, por su buen gusto, por su fortuna, por su revancha sobre el Antropoide, por la originalidad que el Destino imprime á todos los sucesos de su vida pintoresca; y nos retiramos con la profunda convicción de que si en este drama hay un marido, es indudablemente el efobo tembloroso, escondido del susto entre las sábanas; larva de hombre, insulto á la virilidad, vergüenza del sexo, deshonra de los amantes, arrojado ignominiosamente á la calle, como inservible, por la querida nau-seada!

“Gérmenes”

Novela de Enrique Crosa

A un pensador que sabe ser independiente; dice la dedicatoria con que me obsequia, la amistad del novelista al enviarme su libro. Y es con esa reconocida independencia de las almas libres, que voy á hablar, á exponer la sinceridad de mis impresiones al leer *Gérmenes*. No cortan los vuelos de mis inspiraciones el fanatismo del sectario, ni tampoco me he atado á los pies la ambición como una bala de plomo que me impida marchar libremente, ni llevé el uniforme degradante de ninguna bandería. Sé bien que se paga caro en este ambiente, ese placer de sentirse fuerte para enrostrar la verdad; que por mostrarla hermosa, radiante, como si llevara en la frente un foco de extrañas electricidades, desnuda, en el esplendor de sus formas, como otra Afrodita divina, no me he sentado al luculiano banquete de los poderosos de la tierra; he preferido á tener una caja de hierro con muchos millares de libra esterlina y un cerebro fofa de cotizador de 50 por 100, he preferido, poseer un cerebro de *pensador independiente* con millares de ideas hermosas y por toda riqueza, una mata de rosas blancas con que perfumar mis intervalos intelectuales, allá en horas dulcísimas en que la Adorable descubre en rostro circasiano de entre las ondas oscuras de sus cabellos surgiendo más radiosa de aquel eclipse instantáneo de su belleza madurada al ardiente sol de sus pasiones estivales.

Justador severo de la verdad, he hecho restallar el látigo de mi estilo en muchos oídos acostumbrados á la melosa canción que basa y adula en sus giros serviles; por eso, he alejado de mí á algunos seres